

LAS ISLAS CANARIAS: UNA LITIGIOSA IDENTIDAD CULTURAL

— Por Domingo P3rez Minik —

Escritor, cr3tico literario y ensayista. Diplomado en lenguas extranjeras por la Universidad de La Laguna. Uno de los fundadores de la revista «Gaceta de Arte». Premio Nacional de Teatro. Miembro del Premio de la Cr3tica Espa~ola. Ha publicado nueve libros sobre la investigaci3n contempor3nea de la novela, el teatro y la poes3a.



Lo primero que debemos hacer es consultar el diccionario de nuestra lengua y distinguir bien esa palabra «canario», lo mismo como nombre que como adjetivo, hasta aclarar todos sus usos, acepciones y valores significativos. Un trabajo bastante f3cil. Nos basta coger el libro. All3 encontraremos todo lo deseado. Esa palabra no solamente nos sirve para designar al habitante de estas islas, sino que por extensi3n podemos lograr otras representaciones, bien apreciadas por todo el mundo, las que est3n en el 3nimo de la gente. Con esta palabra somos capaces de expresar asimismo la existencia de un baile de comp3s binario, con su zapateado y todo, que adquiri3 una gran estimaci3n en las cortes

* BAJO la r3brica de «Ensayo», el Bolet3n Informativo de la Fundaci3n Juan March publica cada mes la colaboraci3n original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biolog3a, la Psicolog3a, la Energ3a, Europa y la Literatura. El tema desarrollado actualmente es «Cultura en las autonom3as».

En n3meros anteriores se han publicado *La cultura de Andaluc3a*, por Antonio Dom3nguez Ortiz, acad3mico de la Historia y catedr3tico jubilado de Instituto; *Panorama cultural de Castilla-La Mancha*, por Juan Bravo Castillo, profesor de Filolog3a Inglesa en la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B., de Albacete; *La cultura murciana en la Espa~a de las Autonom3as*, por Mar3a Teresa P3rez Picazo, catedr3tica de Historia en Murcia; *La cultura riojana: pasado, presente y futuro*, por Manuel de las Rivas, profesor de Ense~anza Media y cr3tico literario; y *La cultura en Arag3n*, por Jos3 Carlos Mainer, catedr3tico de Literatura Espa~ola de la Universidad de Zaragoza.

La Fundaci3n Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

de Europa durante el siglo XVIII, también el aparejo latino de una embarcación que surcaba con frecuencia el Mar Mediterráneo y el Océano Atlántico, sin olvidar la voz de una planta burserácea de escandalosa belleza y hasta el famoso pájaro de muy bello cantar tan difícil de mantenerlo aprisionado, sin libertad perece, y que para encerrarlo en una jaula con tranquilidad necesitamos cruzarlo de mala manera, hasta llegar a la interjección tan castiza «¡canario!» que aparece en los sainetes madrileños de Carlos Arniches y que siempre nos ha sorprendido tanto porque no sabemos los motivos de estar allí. Una estructura que se corona con el nombre del propio habitante de este archipiélago, hombres y mujeres, que les basta hablar para indicar con aplomo que pertenecen a un mundo tribal, familiar y social completamente diferente del resto de sus compatriotas oficiales, los castellanos, los andaluces o los cántabros, esos pueblos de la Península Ibérica.

Todo esto quiere decir que los canarios poseen unos elementos, valores o realidades humanas, desde su lenguaje a la conducta, desde su geografía a la historia, desde su religión a sus formas de urbanidad, que los hacen completamente distintos de sus prójimos los españoles peninsulares. Unas veces más y otras veces menos, es bien cierto que estos insulares se mueven por el ancho mundo con una singular manera de estar, todos los que los trataron lo admiten así, empezando por sus propios compatriotas. A pesar de todas estas descripciones que apuntamos, que no son de hoy sino que se arrastran ya a partir de siglos anteriores, muy especialmente en sus relaciones con Europa e Hispanoamérica, no resulta fácil definir el hecho de una cultura canaria debido a tantas dependencias, mestizajes y colonizaciones. Esta cultura no podemos desentrañarla así como así. La identificación nos resulta un trabajo muy complejo, casi de espionaje o como si abordáramos un navío de piratas, por exagerar un poco. Bueno, es que eso que se llama cultura no se puede reconocer mediante unas teorías más o menos urdidas, la confrontación de imágenes o el establecimiento de relaciones peligrosas con otros continentes enredados. Casi se debe afirmar de entrada que en la cultura de las Islas Canarias, tan bien separada de las otras que la circundan, oprimen o apresan, por ahora no nos atrevemos a exhibir ninguna tabla de valores, el código definitivo de su representación o la palabra final que lo esclarece todo con su amén definitivo.

Sentimos verdadero miedo cuando escribimos esta palabra

«cultura». De una forma abstracta somos capaces de aseverar su contenido interior, esencial o exterior, sin mayores complicaciones. Este orbe teórico está a nuestro alcance con la consulta de tantos libros bien aceptados, con las polémicas organizadas a lo largo de tantos tiempos variados, con las manipulaciones de unas fórmulas matemáticas o no. Los hechos se complican cuando llegamos a una cultura concreta, bien si mantenemos el principio de las nacionalidades o el de unas historias determinadas o, como en este caso de las Islas Canarias, si tratamos de escudriñar sus matrimonios, convivencias o simbiosis de las más extrañas procedencias, el aborigen guanche, bereber o libio, la española en sus sucesivas oleadas conquistadoras, o la inglesa, italiana o francesa de épocas tan diferentes, con sus trueques oportunistas del comercio, una industria o las morales tan contradictorias, sin olvidar el reto y la respuesta de tantas civilizaciones enfrentadas que los habitantes de este archipiélago hemos tenido que aguantar durante tantos siglos. El caso de estas Islas Canarias, con relación a la cultura, poco tiene que ver con el resto de los países españoles más definidos, asentados y seguros, a pesar de todos nuestros crueles conflictos internos que siempre nos hemos gozado como una aventura lejana, sin desdeñar tantos indiscutibles compromisos.

Ninguna nación europea ha discutido con más ardor que España la identidad de una cultura. En los últimos tiempos, este terrible debate ha alcanzado techos insoportables. Qué es España, cómo se ha comportado la historia de España, dónde está España han sido preguntas reiteradas, inquisidoras y hasta trágicas que se han venido haciendo desde siempre. Como si nuestra condición humana hubiera estado insistentemente al borde del precipicio, la ignorancia o cualquier soberbia. Las disputas entre los máximos investigadores de este siglo, Ramón Menéndez Pidal, Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro, han logrado la categoría de sucesos muy escandalosos porque a esas alturas no sabíamos qué era España. No nos atrevemos a decir que en estas circunstancias aún seguimos ignorándolo. Una desgracia que no han sufrido así ni la Gran Bretaña, Francia o Italia, ni Suecia o Alemania. Y cuando se pone en duda la propia cultura, lo que resulta una desdicha, ya que ésta se refiere con seguridad a la de nuestra crónica viva, la pasada, la presente e, inclusive, la futura, los habitantes de esta monarquía sentimos un dolor muy grande. Porque de

hecho existe una cultura muy independiente, original y autónoma de España. Eso nadie lo duda y mucho menos los extranjeros, los enemigos o los «hinchas». Con todo lo expresado pretendemos repetir que también los canarios hemos sido afectados por las mismas inquietudes, zozobras y preguntas sin respuestas definitivas. Desvanecidos los mitos, leyendas y premoniciones de griegos, romanos y europeos medievales, cuando ya vivían en las islas sus primeros pobladores cuya naturaleza aún parece que no se ha descubierto totalmente identificada, en este archipiélago que todavía no sabemos si posee una cultura singular, autónoma y propia, nos hemos pasado el tiempo, entre extranjeros y nativos, buscando la clave, esencia o llave de una cultura distinta, diferenciada y excepcional.

Una cultura que seguramente atesoramos, pero que aún no fue, de una manera terminante, reconocida. Y que nosotros no nos atrevemos a definir. Más que por otra cosa, ante la imposibilidad de expresar una palabra decisoria. Qué es la cultura. Dios nos valga. Tenemos muchos textos que han ido variando a lo largo de los siglos, que se contradicen, oponen o satisfacen múltiples apetitos, creencias o tropismos. Una voz que acaso no tenga sino doscientos años de existencia. Desde Giambattista Vico a Montesquieu y Kant mucha agua ha corrido. El concepto de cultura del setecientos hasta nuestros días ha pasado bajo los puentes más extraños. Así se logra otro nombre, «civilización», que casi inventa Mirabeau con la Revolución Francesa. Si cogemos la historia de las ideas, hechos y conductas, artes y oficios, percibiremos pronto que no damos pie con bola, nos perdemos, un extravío total. Una de las proposiciones que más nos gustan para aclarar este pensamiento, «qué es la cultura», su historia y hasta la filosofía que conlleva, se puede reducir a: «Cultura es la asimilación por la persona de los valores vigentes». Lo que nos parece muy bueno, si no olvidamos lo que nos manifestaron en su época los ingleses del ochocientos o los alemanes de horas más próximas, de Dilthey a Georg Simmel o Spengler. Los españoles hemos tocado el tema con pinzas, tenazas o alicates. No debemos olvidar los escritos de Don José Ortega y Gasset, que se metió en todo para fortuna nuestra.

Así que si se habla de cultura se entiende que nos hallamos frente a la cultura canaria, si es que existe, creemos que sí en principio, establecemos inmediatamente una diferencia y nunca

una semejanza, parecido o igualdad. El peligro de esta realidad que nos cerca es muy serio. Nos puede llevar a los peores nacionalismos, patrioterías o «apartheids» tan desgraciados. Con respecto a España, no es difícil apreciar la enorme distancia que hay entre la manera de sentir esta identificación los catalanes, vascos y gallegos, por ejemplo, y los insulares atlánticos. Mientras los primeros siempre mantuvieron su personalidad, es decir, su distinción, sin duda alguna, con aplomo e indiscutida creencia casi de procedencia providencial, los canarios todavía no hemos trazado con claridad nuestros orígenes, bautismos, el tesoro familiar, la sangre azul o roja de nuestras venas. Lo que no estimamos importante para el sentido actual de nuestra cultura que poco tiene que ver con la de los pueblos primitivos del archipiélago, ni con la lejana prehistoria que no pasó nunca del neolítico, ni con las felices Hespérides de tantos mitos trasnochados. La historia sería únicamente comenzó con los primeros asentamientos europeos, los normandos, los españoles y los pueblos mediterráneos, sometidos siempre desde lejos y desde cerca a la evolución económica, social o religiosa de los mismos. Aquí continuamos buscando no sabemos qué factores complementarios para fijar con precisión a ése «que marcha siempre contigo y suele ser tu contrario», expresado con estas palabras de Antonio Machado en su bien apreciada canción. Un complementario que termina por confundirnos, no superamos la ayuda inútil, o la necesidad de curar los tradicionales complejos de cualquier insular. Que si el aborigen guanche o tantos otros norteafricanos, que si Europa, que si Hispanoamérica. Nuestras enredadas independencias han buscado sus motivos perforados por las más extremas razones, prospecciones y mixtificaciones. Una disputa inacabable tan tonta como agotadora que no ha servido nunca para nada. Un contrario muy peligroso.

Cuando nos lanzamos a voz en cuello a proclamar una cultura dada, segura e indiscutida, estamos apuntando al hombre simplemente porque posee la palabra. A partir de aquí se nos dará todo lo demás por añadidura. Esta palabra pertenece a la lengua española que hablan mejor o peor trescientos millones de habitantes de nuestro planeta. Lo que no es sólo un honor, sino una ventaja o una comodidad para cualquier convivencia. Pues bien, sobre ese hombre canario tratamos de establecer algunas consideraciones, la condición humana, su naturaleza, en resumidas

cuantas, qué es un hombre canario, esa criatura nacida en este archipiélago. Tenemos que admitir que este hombre es un español pero menos o más, que vive en unas circunstancias políticas y económicas determinadas, en algunos lugares de carácter feudal y en otros arrollado por la sociedad industrial de masas contemporánea, sin poseer la técnica adecuada que lo soporte, que es héroe de una pequeña o gran historia nacional o parroquial, que se ha desenvuelto dentro de la civilización europea, que muchos pertenecen a razas occidentales muy definidas y algunos no, que los hay rubios como ingleses o morenos aceitinados como moros, que en sus almas se encuentran vestigios sobresalientes de Don Quijote, Don Juan o los inquisidores tradicionales, de Guzmán de Alfarache o de Angel Guerra, pero también profundos estratos de la alegría campanuda de un Arcipreste, un Sancho Panza o un Apolonio, que entre nosotros es fácil encararse con cualquier Hamlet, Falstaff o Lear, que pueden diferenciarse por su posición social de burgueses o proletarios, incluso de «undergrounds», pero hemos de añadir que entre todas estas maneras de ser y estar hay en último extremo algo que los funde a todos en un pueblo sometido a una igualdad física y espiritual: la que le confiere su coincidencia de vivir en unas islas. Nos hemos pasado la vida preguntando si esta condición es fundamental o sólo transitoria, que si insertados en un régimen económico distinto este hombre dejaría de serlo y pronto se nos aparecería en un plano de igualdad con el personaje de otras latitudes que se desenvuelven en un mismo orden político y, para resumir, que si la sociedad acelerada industrial que sufrimos hoy nos lo transformará de tal modo que no haya posibilidad de reconocerlo en la imagen pasada, lo que quiere decir que este mismo hombre que somos nosotros poco tiene que ver en estos días con el protagonista de la historia de Viera y Clavijo, con el de Miguel de Unamuno o con el que descubrió el poeta surrealista André Breton.

Sucede que observado todo este mundo de valores desde este sitio en que nos hallamos actualmente, lo admitimos como maneras de pensamientos más o menos amañados por todos estos filósofos, líricos e historiadores que nos han estudiado, considerándonos como graciosos ejemplares para el servicio de sus laboratorios. Nada de esto intenta afirmar que nosotros no cambiemos, que no nos sintamos en permanente evolución, como cualquier pueblo por pequeño que sea, que los canarios de 1984

no se estimen diferentes de los de la época de la malvasía, la cochinilla o la trata de negros, de los del tiempo de Nelson o de Benito Pérez Galdós. Tenemos la esperanza que nuevos condicionamientos económicos, sociales o políticos, que son irreprimibles aunque se piense lo contrario, nos transformarán más y más, y llegará la hora en que las metafísicas, las de ayer y las de hoy, no nos sirvan para nada. Nos llena de alegría que estas inéditas situaciones de una cultura hagan de nosotros unos seres más civilizados, que se nos capacite para alcanzar una plenitud personal, tribal o familiar, que nuestra existencia vaya perdiendo ese imperativo geológico radicado entre el recuerdo de un paraíso perdido y un purgatorio opresor de abandono. Hegel, en su «Filosofía de la historia», al estudiar la civilización de las islas del Mar Egeo, no nos hace presente ese sentimiento de exilio y la conciencia de estar condenados, que da una caracterización autónoma de sus hombres, pero sí destaca en primer lugar la voluntad de cambio de que están poseídos, un punto de partida muy válido para cualquier rigurosa interpretación.

Está muy claro que toda cultura propia supone, ya por su misma condición espiritual, creadora o real, una autonomía, la independencia, una libertad para ser lo que es con relación a los demás. Así, admitiendo el pesado, consistente y reiterado mestizaje de la cultura canaria en cualquier momento de su historia, unas veces más y otras veces menos, éste ha sido muy difícil quitárselo de encima. Pensamos que de todas las culturas españolas la nuestra insular fue la más contaminada, confusa y transgresora. Lo que no resulta ofensivo, porque esta criatura del archipiélago tuvo con la mayor frecuencia una muy lúcida conciencia de esta manera de vivir en el mundo, presumimos de ella, se supo aprovechar de esta inesperada riqueza. Lo mismo en el lenguaje, el arte, la moral, la arquitectura, una religión, la cocina, el eros, las modas o el folklore, con esa separación que nunca podemos olvidar entre el orbe rural y el urbano, uno más retrasado y otro más vigente, el de las tradiciones y el de las vanguardias. Al pasar por las islas, con su fácil o resistente entrada, el sometimiento a una singular geografía o el recelo ante nuestra historia, todo lo nuevo, lo extranjero y lo inédito tiene que adaptarse a una diferente crónica, el diferente hábitat, el diferente pensamiento, deseo o creencia. Una colonización que en resumidas cuentas perdió virulencia, ya que por nuestra condición esencial siempre supimos devolver

aquella enriquecida. Una isla ha de entenderse con insistencia como un debate penoso, trágico pero purgativo entre la sombra del almendro que circunda al hombre y el horizonte más universal que ve a todas las horas del día de ese mar que le invita a la huida, el viaje, la aventura.

El conocimiento de una cultura, su dinámica o su autonomía se puede hacer desde muy distintas situaciones ideológicas, viscerales o discursivas, como historia, sociología o metafísica; nos resulta inaccesible considerarla de manera aislada, sin un predicado o sin un adjetivo o sin un mote, o bien comprenderla como un fenómeno providencial, como una actitud conceptual o como una investigación dialéctica. Y afirmar sencillamente las teorías de Bossuet, Vico o Karl Marx. Todo esto resulta muy hacedero. Siempre nos ha parecido muy estreñida esa interpretación que nos presenta a estas Islas Canarias sólo con su cultura de la época de la caña de azúcar, la de los vinos de malvasía, la de la cochinilla, la de la barrilla y la del plátano, el tomate o la papa. Hechos que están ahí muy presentes para que no los olvidemos. Asimismo, podemos hacer cualquier confrontación hemofílica, racial o antropológica. O contentarnos con otra forma de cultura: la que se basta con ofrecer al pueblo su felicidad, dicho esto con palabras de Stendhal: «todo nos mueve a buscar el placer y el temor del dolor». No nos olvidemos que la cultura, su libertad y cualquier autonomía se originan tanto en la distracción como en el ocio y el trabajo. No nos atrevemos a imaginar que las gentes de este archipiélago hayan sido fieles a Kant, desde tan lejos, cuando el filósofo nos afirma que «la Naturaleza siempre tuvo la intención de elaborar un estado de vida jurídico de los pueblos, una federación y una paz eterna». Este insular se ha pasado la existencia discutiendo cuál es el lugar que le corresponde a la utopía, ahí está San Borondón con su mito que no se aclara, visto y no visto en el mar, y cuál el compromiso de su realidad inmediata, la opresión o una libertad, el exilio americano o su geografía obligada, la poesía y su novela con sus inacabadas mimesis.

Los canarios nos separamos bastante de la configuración unánime nacional. Aparte de vivir en el archipiélago, hecho que le da su distinción, no les ha sucedido otra cosa, de modo muy natural, sino hacerse comerciantes, poetas y emigrantes, incluyendo, claro está, algunos otros muy importantes estilos de coexistencia, marinos aventureros, negociantes de mar y tierra. Sobre la

poesía los canarios han andado con facilidad con la misma audacia que el resto de su gente ha navegado por todos los océanos del mundo. Esta criatura cuando se queda a solas, canta. Pero esta melodía no la resiste mucho tiempo y, pronto, sobre el vehículo circundante de su geografía pone un puente de plata y con buen fresco se marcha llevándose al paisaje, la familia y sus volcanes en el corazón, los bosques y el desierto. Desde siempre el habitante de la Gomera, Gran Canaria o Tenerife se ha sentido separado del cuerpo peninsular en los momentos de sus grandes emigraciones a América, Cuba o Venezuela. Recordemos las especiales legislaciones que algunos de estos países extranjeros nos han concedido. Después, esta distinción se ha seguido acusando en las guerras de Africa o civiles. Este canario que llegaba a su campo de operaciones percibía con lucidez que no sólo su folklore, su modo de comprender o hablar eran diferentes, sino que asimismo así resultaban su sentido crítico o mágico del mundo, el tiempo de sus reacciones psicológicas y hasta el despliegue de su moral práctica. Es más, se puede decir que, bien vistas las cosas, existía una mayor segregación entre sus estilos anímicos que entre sus folklores, música o canto, danza o trajes populares. Lo que nos demuestra hasta qué punto estos últimos elementos son más adjetivos que sustanciales, a pesar de todo lo que se alega por ahí.

Ya hemos declarado que nos parece imposible afirmar la existencia de una cultura canaria bien definida. La cultura de cueva, pastoreo y embalsamamiento de nuestros aborígenes, la escasa sangre heredada, ya sabemos lo que era una conquista colonizadora, se ha hablado de genocidio con relación a esta aventura española, la venta de esclavos, la depredación de esas mujeres primitivas para que sirvieran de crisol a los soldados, traficantes y aventureros del siglo XVI, a estas alturas todo esto se ha perdido en la oscuridad de los tiempos. Lo que nos queda es de una pobreza desgraciada, vasijas, gofio, elipses pintadas. Hoy se intenta encontrar con gran dificultad algunos elementos heredados de este pueblo neolítico, baile, música o enseres domésticos, palabras posibles y dudosas, el gánigo o el tagoror que aún consiguieron llegar hasta nosotros como arqueología. Pero toda la historia posterior, ya entre los mismos peninsulares que aquí se establecieron por la fuerza y su descendencia a lo largo de tantos mestizajes más en consonancia con la historia que se vivía, la de la Europa del quinientos, sin desdeñar los abundantes extranjeros que nos invadían, terminaron por desfigurar aquella ascendencia genuinamente africana. Ese

permanente debate sobre tantos niveles de una cultura que se establece en el hombre del archipiélago entre el aislamiento y lo foráneo, tan necesario para la supervivencia, ha dado las cosechas necesarias para que los retos que nos lanzaron los agresores fueran respondidos por nuestros habitantes con eficacia, ya da lo mismo que se tratara de un trueque comercial, cualquier aventura intelectual o la intromisión de nuevos objetos civilizadores. El canario siempre tuvo una gran capacidad para transmutar, elaborar o adoptar ese mundo de objetos, abalorios o pensamientos nuevos o viejos que le llegaban por el mar.

Para identificar la cultura de este insular necesitamos descubrir su aportación original, cómo se ha trabajado, variado o pervertido, el cómo de su quehacer que no se ha resuelto nunca con la reproducción más o menos naturalista, si se puede comprobar ahora que esta realidad es distinta. Lo que no se ha demostrado todavía es en qué consiste esa originalidad: muchas valiosas importaciones de toda índole que hoy no sabemos cómo valorar, que constituyen ahora nuestra cotidianidad, que ya forman parte de nuestros anales. Tenemos también que interrogarnos en este momento, sin levantar ninguna bandera de cualquier elegía, cuál es el significado que esta criatura ha dado a la libertad. Este significado lo encontramos con sencillez y bien diferenciado en un catalán, vasco o gallego. Conocemos, por otra parte, algunas propiedades anímicas contradictorias de este ser que afloran como un aguaviva verdinegra, brillante y peligrosamente, y que le han dado la percepción íntima de su albedrío: su manera de sentir la tolerancia, arisco, cordial, receloso, concentrado y expansivo, narcisista y parroquial, siempre con su carga a costas de un humor agresivo que rezuma la más entrañable melancolía. Sentimos que la prueba de aquella libertad sólo existe si trasgredimos la prohibición providencial del castigo de aislamiento. El aislamiento favorece el desarrollo, lo mismo en las especies animales o arbóreas, capirotos o codesos, que en el alma humana. Les favorece en muchos aspectos, pero les perjudica en otros. Del mundo de la biología al mundo de la historia va un trecho muy largo que no nos podemos saltar así como así.

De este reducto de la libertad podemos pasar a otros más asequibles, el de los amigos o adversarios, el de la cocina, el del sentido de ocio o cómo se expresa la urbanidad. Si seguimos buscando los complementarios de la cultura canaria, geográficamente nos encontraremos en seguida con Africa, ese lugar a la

vuelta de la esquina; la mayor parte del archipiélago vivió siempre de espaldas a este continente, y normalmente le ha sido extraño, a pesar de los guanches no ha habido jamás ninguna relación familiar, ni de vecinos obligados, normalmente no nos conocíamos. Dos mundos separados de cuajo, con sus vidas opuestas, sin entendernos. Hoy los hechos han cambiado algo. Con la era de Franco, la cercanía del Sahara, primero, el nexo comercial permanente, tráfico de tropas e intereses sospechosos y, más tarde, la descolonización, todo cambió, al menos, con las Islas Canarias Orientales. Ha habido un movimiento escandaloso que se acrecentó con el descubrimiento del banco de pesca inmediato. Con los moros venían también los japoneses, soviéticos y coreanos y sus barcos frente a nuestro archipiélago. Más tarde, la oligarquía económica de Las Palmas más agresiva ha extendido sus redes hasta llegar al Africa negra y ha comenzado un entramado de relaciones capitalistas que aún no han suplido los grandes mercados europeos de otros tiempos. Efectivamente, de pronto, en las calles de estas ciudades han aparecido los hombres de Senegal, Cabo Verde y Nigeria. Ignoramos la categoría expansiva de esta cultura negra, no nos olvidemos de su actividad vivísima en los Estados Unidos de América, pero lo cierto es que por primera vez nos hemos sentido en el archipiélago como más cerca de esa Africa extraña, unos pueblos distantes de nuestra convivencia y que por el momento sólo los detentadores del poder económico podrán explotar a su gusto. La última época que tuvo relación con el continente fue desgraciadamente cuando la trata de esclavos de los grandes países europeos en el Nuevo Mundo. Las islas han servido siempre de apeadero para todo lo malo, para lo bueno también.

Así como nuestra burguesía, la alta y la mediana, reiteradamente se sintió muy vinculada a Europa, el pueblo insular, proletario, campesinos y trabajadores de todo tipo, vivió, a lo largo de los tiempos, muy de cara a Hispanoamérica. La simpatía, las conexiones, sus utopías se dirigieron con insistencia al Nuevo Continente, primero, en el momento de la conquista, más tarde, en la creación de ciudades, por último, como emigrantes en busca de la buena riqueza, el oficio fácil o la aventura imaginada. Por no sabemos qué razones, allí se encontró siempre como en su casa, fue capaz de quedarse entre la gente más extraña y en su amplia geografía apreció el lugar ideal para cualquier historia. Desde antes de la independencia, ya los canarios se habían fun-

dido bastante con las metrópolis, una tierra virgen, el probable tesoro. Con los libertadores hispanoamericanos lucharon estos insulares codo con codo. Consiguieron poseer un articulado de privilegio en las nuevas constituciones. En todos sitios lograron un puesto de preferencia. Los problemas de este continente nos afectaron mucho. Es muy difícil hallar aquí una familia que no haya tenido un padre, un hijo o un nieto en Venezuela, Cuba o Argentina. El habla del pueblo, la cocina, el vestido, las ideas y la música sufrieron las mayores influencias, hondas, persistentes, que la mayoría de las veces desdeñó nuestra burguesía secularmente afincada en Europa. Lo que pudiera llamarse las maneras superiores de la cultura, literatura, arte, política, economía, urbanidad, modas o moral práctica llegaron reiteradamente de Francia, Gran Bretaña o Alemania a esta clase social superior, mientras los más pobres sólo podían aprovecharse del arroz blanco con frijoles, la remodelación del folklore, cantos y bailes, del aguacate, la papa o el azúcar, la brujería y la plata que ofrecían a los altares de nuestras iglesias. Todo esto nos indica una profunda separación entre los dos estamentos, a pesar de que en el archipiélago la relación amo-esclavo no haya sido nunca demasiado disgregadora.

No sabemos si existe una alta cultura, una media y otra baja, o toda valoración en este caso no tiene sentido. Que únicamente hay una cultura. Dejando de lado este tema agresivo, sí se debe afirmar que Europa, incluida España naturalmente, fue en cualquier momento de los propios anales la mayor acreedora de nuestro saber, gobierno y civilización. Todo lo recibíamos de allí, era bien digerido y homogeneizado. La comida, las artes y las letras, el deporte, un vestido y las costumbres internacionales llegaban desde París, Londres o Hamburgo. La riqueza de las islas se la apropiaba Europa desde el siglo XVI. Si pasamos revista a nuestros hombres ilustres como portadores de una cultura, tenemos que admitir que ésta procedía, en las más notables circunstancias, de aquel mundo, desde la Península Ibérica a Escandinavia. Hasta el enlace rural quedaba afectado, ya que las papas de semilla procedían de Irlanda, las mantas de invierno de nuestros campesinos estaban marcadas por los telares de Manchester y el cultivo del tomate nos lo enseñaron los ingleses, y antes ya se había vendido la cochinilla y la malvasía en todos los mercados occidentales. Los nombres más ilustres de nuestra historia recibieron caudalosamente esta cultura: Agustín de Bethencourt y Molina, el gran ingeniero; Tomás de Iriarte, el gran fabulista; José de Viera y

Clavijo, el gran historiador; Leopoldo O'Donnell, el gran militar; Benito Pérez Galdós, el gran novelista; Teobaldo Power, el gran músico; Nicolás Estévez, el gran político; Angel Guimerá, el gran dramaturgo; Alonso Quesada, el gran poeta; Blas Cabrera, el gran físico; Agustín Millares Carló, el gran polígrafo; Nicolás Alfaro, el gran paisajista; Oscar Domínguez, el gran pintor; Agustín Espinosa, el gran surrealista; Eduardo Westerdahl, el gran crítico; o Pedro García Cabrera, el gran lírico, todos ellos nos bastan para esclarecer qué es un insular, la categoría de su espíritu, la identidad de su autonomía con relación al resto peninsular español. Nos resulta muy llevadero admitir que todos estos hombres tan representativos son unos canarios de los pies a la cabeza, nuestros mejores actores, los acabados ejemplares. Se han hecho cerca de la misma geografía, la misma historia, el mismo sueño. Su debate anímico y exterior entre el aislamiento y la fusión, la fácil digestión de lo foráneo, la servidumbre de los complejos de Narciso y Prometeo como mitos endémicos radicales, sin ovidar el gusto de la sombra del almendro y su preferencia contradictoria de pertenecer a una sabiduría universal que no desdeña jamás la imagen de la isla de San Borondón como utópica melancolía.

En lugar de esta nómina nos pudiéramos haber valido de otros ingredientes de la cultura para investigar la famosa identificación insular. Pero cuando se dice hombre se afirma todo. En él ya podemos encontrar lo que sobra, lo que falta, la cocina, el folklore, el vestido, un índice completo de figuras, modos y estilos de vivir, amar o divertirse, aprender o evadirse, ese mundo que el canario puede exhibir con la mayor simplicidad, gracia o puerilidad. Y da lo mismo que nos ocupemos del hombre espiritual, del hombre de voluntad o del hombre de instinto, sabios, guerreros o comerciantes como los clasificaba Platón, con sus culturas griega, escita y fenicia. O con su saber redentor, saber de dirección y saber de formación, como han sido denominados por Max Scheler. Dejadas de mano todas estas teorías, nos tenemos que contentar con lo que aparece en nuestro poder, unos hechos, la crónica sabida y pensar con Kant que «los pueblos no tienen esencia sino historia». Y como ésta se está moviendo siempre, debemos intentar coger al vuelo la dinámica de su quehacer dialéctico, contradictorio o trágico, mítico o providencial. De pronto, a estos insulares se les ha ofrecido una autonomía política, económica y social, dentro del concierto de las nacionalidades españolas, y nos da la sensación que nosotros no hemos sabido hacer

nada con ella; un hecho muy excepcional, porque estos habitantes, por tantas razones alegadas, siempre pensaron que eran diferentes del hombre de este Estado nacional que de lejos o de cerca siempre estuvo aquí presente.

La autonomía, el nacionalismo y la identidad de una cultura son palabras, hechos e ideas mayores que el canario no ha sabido distinguir nunca. Siempre entendido todo a partir de su segregación del área de sus compatriotas y del concepto singular que de la libertad tiene. A pesar de estos valores esenciales de nuestro insular, tan propicios a la más rebelde independencia, hay que decir que estas autonomías que ahora se disfrutan en el Estado español no las ha asumido con claridad, entusiasmo y expansión el hombre de este archipiélago. Quizá sea porque no le va. Que necesita otras que él necesita inventar. Que en este momento ignoramos. En cambio, sí comprendió el régimen de Puertos Francos del siglo pasado o las instituciones de los Cabildos en la actual centuria, hasta el establecimiento de la «era de las Canary Islands» con su educada servidumbre. Se ha escrito que cuanto más antigua es la identidad, mayor es la legitimidad histórica o que los nacionalismos desarrollan simultáneamente lo propio como diferente y lo ajeno como amenaza. Un peligro constante. Como la historia de esta criatura es tan joven, acaso todos sus condicionamientos de la libertad sean utópicos. Pero asimismo es verdad que son los más que le pueden. Por todas estas razones tenemos la necesidad de estar siempre atentos al acontecer de nuestro alrededor para no dejarnos ir por los fáciles caminos de los parroquialismos consagrados, el jardín de las Hespérides y todas las mitologías ditirámicas dispuestas en cadena para la propia sacralización. Aquí padecemos un feudalismo económico que continúa imperando bajo maneras modernas, el minifundio trasnochado de nuestras tierras, los poetas siguen sintiéndose solos, melancólicos y enamorados de ese almendro del lugar que les vio nacer y el complejo de soledad nos hace pensar que somos un pueblo privilegiado de Dios con las playas más hermosas, los volcanes más eruptivos y los puertos más importantes del mundo. Es doloroso que nos convirtamos, por influjo de cualquier Némesis desdeñosa, en Narcisos que han cultivado la flor de su propia imagen. Si el hombre es por sí mismo un ser sumido en el abandono, el hombre de una isla, que ya lo es por su existencia natural, necesita en todo momento de los otros para poner en marcha su historia. El que dice «no» será el creador de nuestra libertad.